

FEDERACION
INTERNACIONAL
DE PLANIFICACION
DE LA FAMILIA
REGION DEL
HEMISFERIO
OCCIDENTAL
111 FOURTH AVE.
NEW YORK, N.Y. 10003

LA SERVIDUMBRE SEXUAL DE LA MUJER

Prof. Arnaldo Gomensoro

DE LA
DIVISION DE
INFORMACION
Y EDUCACION

PARA
SU
INFORMACION

PL.FLIAR
IPPF

LA SERVIDUMBRE SEXUAL DE LA MUJER

Prof. Arnaldo Gomensoro
AUPFIRH - Uruguay -

LA SERVIDUMBRE SEXUAL DE LA MUJER

ARNALDO GOMENSORO+

S u m a r i o

- I. La crisis de la familia patriarcal.
 1. Los pilares de la familia patriarcal:
 - a) - autoridad indiscutida e indiscutible del "pater familias";
 - b) - autoridad y prestigio social de la "ama de casa";
 - c) - el "hogar" como puerto seguro;
 - d) - la familia como centro de educación natural de los hijos.
 2. Un edificio en ruinas.
- II. El matrimonio tradicional.
- III. La frigidez sexual femenina.
- IV. Los instrumentos de la opresión: el analfabetismo sexual y la represión sexual.
- V. Liberación y pseudo-liberación.
- VI. El amor y la solidaridad como fundamentos de la familia y de la sociedad.

+

- Director del Consultorio de Orientación Psicosexual de
A.U.P.F.I.R.H.

ANEXO COMPLEMENTARIO

Artículo 5

La misión de la familia venezolana.

1. Las funciones de la familia venezolana:

- a) - autoridad inherente a la estructura de la familia;
- b) - autoridad y prestigio social de la familia;
- c) - el hogar como punto de reunión;
- d) - la familia como núcleo de educación natural de

los hijos.

2. La educación en la familia.

3. El matrimonio tradicional.

4. Las relaciones sexuales familiares.

IV. Las funciones de la familia en el desarrollo social.

y la responsabilidad social.

V. Liberación y pseudo-liberación.

VI. El amor y la solidaridad como fundamento de la familia.

de la sociedad.

- Introducción.

Las páginas que se van a leer constituyen una expresa "acta de acusación" contra los infinitos y variados tabúes profanos y sagrados, populares y científicos que, en forma explícita y grosera o en forma táctica y sutil, han apuntalado, a lo largo de los siglos, la servidumbre sexual de la mujer.

¿Por qué "acta de acusación" y no, simplemente, estudio, o investigación, o ensayo sobre la insensibilidad sexual femenina?

Pues bien, veamos porqué. En este "Año Internacional de la mujer", en un apartado rincón de un pequeño país, un estudioso de los problemas que ha confrontado y confronta la pareja humana, contempla, sin poder evitar que lo invada un difuso escepticismo, su mesa de trabajo atestada de libros, de folletos, de revistas, que abordan, desde todos los ángulos posibles y con una enorme prodigalidad de datos, el tema de la mujer y la sexualidad.

Se le ha encomendado que, como parte de su labor, aborde la preparación de un trabajo sobre dicho tema, en base a las experiencias y a los materiales reunidos por el Consultorio de Orientación Psico-sexual a su cargo.

Pero, en el momento de disponerse a iniciar su tarea, lo ha asaltado una duda inquietante: ¿tendría sentido agregar un grano más de arena a la enorme montaña de estudios grandes y chicos, buenos y malos, sabios y necios, pero todos igualmente sesudos, eruditos, objetivos, mesurados, críticos, científicos, rigurosos, equilibrados, etc., etc.; pero que, a pesar de todos sus atributos (y quizá justamente a causa de ellos) no han logrado cambiar, siquiera mínimamente, la deplorable condición de "segundo sexo" que caracteriza, todavía hoy, a la mujer del año 1975?

El "Año Internacional de la mujer" podrá contemplar, seguramente, cómo se desborda un mar de tinta y cómo la montaña de cartillas escritas, crece hasta adquirir proporciones monstruosas, sin que por eso Juana y Maria, Jane and Mary, vean modificarse, en ningún aspecto significativo, el rigor de la servidumbre sexual que las aliena y degrada.

La verdad es que sobre la necesidad de una genuina liberación de la mujer ya se debe de haber dicho y se debe de haber escrito casi todo lo que cabía decir o escribir. Pero, seguramente para evitar los riesgos implicados en el manejo de un tema particularmente resbaladizo, todo lo dicho y lo escrito ha adoptado un tono excesivamente académico, pagando un tributo exagerado a la conveniencia no sólo de ser, sino también de parecer, más allá de toda posible objeción, insospechadamente "científico", "objetivo", "técnico", "desapasionado".

Tanto que, en su afán de "no comprometerse", ha resultado en los hechos, totalmente anodino e incapaz de calar en la realidad "real" y de modificarla creadoramente.

Quizá en ningún sector del conocimiento sea más cierta que para el conocimiento sexual la caracterización que hace Marcuse de lo que el llama "cultura afirmativa".(1) En efecto: de un modo u otro, las instituciones y los poderes que organizan y manejan el saber y la cultura de los pueblos se las han ingeniado para neutralizar, en relación con la problemática sexual, los descubrimientos más revolucionarios y los planteos más radicales, hasta despojarlos de toda su virulencia y de todo su dinamismo de cambio y transformación. Y para convertirlos, paradójicamente, en instrumentos de consolidación y "afirmación" de los siste-

(1) HERBER MARCUSE.- "Cultura y Sociedad". Edit. Sur.-B. Aires 1967

más vigentes. Así hasta las más agudas aportaciones han sido privadas de sus puntas afiladas y de sus aristas cortantes y reducidas, por un proceso de erosión cultural sistemática, a suaves y redondeados cantos rodados, susceptibles de ser apilados, sin peligro, junto a los otros que, igualmente inofensivos, abarrotan las superpobladas bibliotecas de "los sabios".

De este modo, también "los derechos sexuales de la mujer" y "la liberación sexual femenina" han ingresado en el rubro de los temas llamados "de vanguardia" que el sistema no solo tolera sino que, incluso, alienta, porque, de hecho, han pasado a integrar lo que el mismo Marcuse caracteriza como "la oposición que decora".

Comprendido esto, decidimos cambiar el enfoque. En lugar de un trabajo más, "objetivo, sereno y equilibrado", preferimos correr el riesgo que supone expresar, en términos apasionados, un pensamiento existencialmente comprometido y lealmente combativo.

Y preferimos hacerlo así a conciencia de que la primera objeción que iba a merecer un tal enfoque iba a ser la de que peca de subjetivo, parcial y casi panfletario. Pero como lo que nos interesaba, en última instancia, no era la aprobación de los "espíritus moderados", devotos incondicionales de las venerables rutinas, sino la proclamación de verdades que sólo si se gritan podrán obligar a que las escuchen oídos fariseicamente sordos, preferimos escribir "con sangre" y no al dictado de un cerebro electrónico bien enseñado.

En consecuencia, no diremos en materia de sexo y de sexualidad, nada nuevo ni nada que pueda alimentar curiosidades más o menos mórbidas. Simplemente nos limitaremos a extraer conclusiones obvias de lo que

- 4 -

todos sabemos o debiéramos saber, pero que, con tanta frecuencia, preferimos ignorar o simular que ignoramos.

Y lo haremos no con la circunspección y la mesura "aconsejables", sino "cum ira et studio".

I. LA CRISIS DE LA FAMILIA PATRIARCAL

Ha sido y sigue siendo todavía un lugar común considerar a la familia como la "célula" del tejido social, como el "elemento" que constituye la compleja trama de la sociedad.

Sin embargo, son tantas y tan profundas las transformaciones que la familia ha sufrido, que es cuestión de preguntarse hasta dónde valen para la familia actual, para la familia que todos conocemos, muchos de los caracteres que se han considerado como inherentes a su naturaleza misma.

Nuestra convicción es que las transformaciones a que aludimos han asentado una estocada mortal a la familia tradicional, destruyendo, en forma irreversible, sus más importantes atributos. Con la consecuencia, que todos podemos constatar con solo mirar a nuestro alrededor, de que lo que va quedando del hogar y de la familia no es más que una cáscara que se vacía, día a día, de su contenido.

Este proceso responde a muy diversas y muy intrincadas causas de naturaleza psicológica, social, cultural, política, económica, etc.. Y admite, naturalmente, también, muy diversas valoraciones, desde aquellas que lo interpretan como un progreso y una superación hasta las de quienes lo consideran como una decadencia y una aberración.

Nosotros no vamos a escribir en favor o en contra de la familia "en general". Vamos a evitar la comodidad que supone deambular intelectualmente, en estos temas, por el incontaminado ámbito de las abstracciones. Nosotros vamos a cuestionar a la familia de ayer y de hoy, y la vamos a condenar en lo que tiene de condenable para poder así, abrir nuevas posibilidades creadoras para la familia del mañana, para la familia nueva.

1. - Los pilares de la familia patriarcal.

Sin pretender hacer una enumeración exhaustiva y menos aún excluyente de otras posibles, digamos que nos parece importante señalar, como tales, los siguientes:

a) - autoridad indiscutida e indiscutible del "pater familias":

El imperio incuestionable del padre dió, a la familia tradicional, su carácter de unidad férreamente centralizada. Cada familia constituyó, en otra época, un pequeño feudo con su señor y sus vasallos. Es cierto que el señor podía caracterizarse tanto como un tirano cruel que como un amo bondadoso; es cierto que podía imponer su autoridad violenta y agresivamente o gobernar con "mano de seda", en un marco de benevolencia y cordialidad y sin exigir una obediencia ciega y rígida. Pero, en cualquiera de los casos, su autoridad se daba por sobreentendida y se integraba a la dinámica del grupo familiar como obvia y naturalmente comprensible.

b) - autoridad y prestigio social de la "ama de casa":

Es cierto que su autoridad era de "segunda mano" y completamente subordinada a la de su marido.

Pero en el área doméstica, "reinaba" y se le debía natural pleitesía.

Es cierto, también, que su ser se agotaba en su condición de esposa y madre, con manifiesto menoscabado de las otras posibilidades personales que yacían adormecidas y latentes. Pero, las gratificaciones que su rol familiar le aportaban, la hacían identificarse tan íntimamente con él como para hacerle muy llevadera la servidumbre a que se hallaba sometida y hasta como para que no la sintiera como tal.

c) - el "hogar" como puerto seguro:

Para todos sus miembros, pero sobre todo para la esposa y para los hijos, la casa paterna constituía la encarnación material y económica de una completa seguridad.

El mundo, con sus acechanzas, sus inquietudes y sus zozobras se colocaba, diariamente, "entre paréntesis", cuando, por la noche, al cerrar la puerta de calle, se lo dejaba "afuera" y cada miembro de la familia se recuperaba de sus ajetreos mundanos en el baño tibio de paz, sosiego y cálida solidaridad de la pequeña e íntima comunidad familiar.

d) - la familia como centro de educación natural de los hijos:

Independiente de los conocimientos y destrezas que los niños pudieran adquirir en escuelas y liceos, la casa se constituía en la gran conformadora espiritual de los muchachos, en la promotora de los hábitos más elementales y más profundos y de las respuestas más automáticas, estructurando, de este modo, por acción pedagógica que podríamos llamar "atmosférica", una sólida "segunda naturaleza" cultural que constituiría, decididamente, la impronta personal del hijo de "buena familia".

2. - Un edificio en ruinas.

Pues bien: ¿qué queda de aquella familia tradicional y de sus clásicos atributos?

Para empezar, lo primero que ha sufrido los efectos de la crisis, es con toda evidencia, la autoridad del padre de familia, arrastrando en su declinación a todos los otros atributos que caracterizaban lo que Reich llamó la "familia patriarcal autoritaria" (2).

(2) WILHELM REICH.-La Revolución Sexual". Edit. Ruedo Ibérico
Impreso en Francia (1970)

Porque lo evidente es que la pérdida de autoridad del "pater familias" ha dejado al agrupamiento familiar sin tirano, pero también sin timón.

En efecto: al irse descomponiendo la familia patriarcal, la mujer y los hijos (educados durante siglos para vasallos del señor) no han ganado, automáticamente, la libertad y la responsabilidad de personas autónomas, sino que, por lo general, han quedado en pleno desamparo, liberados pero no libres.

El resultado, tanto para la esposa y la madre como para los hijos, no ha sido un valioso acceso a la plenitud de sus posibilidades, sino un simple cambio de alienaciones.

Son muchos los estudiosos que han profundizado en el carácter mórbido de las reacciones que provoca el llamado "miedo a la libertad", la angustia ante la pérdida de los marcos de referencia habituales que, si bien es cierto respecto ahogan y oprimen, en otro sentido, protegen y aseguran.

Una libertad no "conquistada", sino simplemente "sobrevenida", por imperio de cambios económicos y socio-culturales de los que no se es protagonistas, sume a sus beneficiarios aparentes en una desorientación y en una inseguridad que los hace demasiado proclives a afiliarse compulsivamente, a sustitutos espúreos de la autoridad perdida.

En efecto: la esposa y la madre tradicional y los hijos de familia han transitado, casi sin notarlo, de su alienación al autoritarismo parental a una alienación creciente y muy difícilmente controlable a clisés socio-culturales impersonales, continuamente cambiantes al ritmo de la moda y manipulados comercialmente por los que Vance Packard llamó "los artífices de la propaganda" de la nueva "sociedad de consumo". (3)

(3) VANCE PACKAARD.- "Las formas ocultas de la propaganda".

Edit. Sudamericana - B. Aires - 1967

Veamos ahora, con más detalle, algunas de las consecuencias concretas de estos cambios.

Paralelamente a la declinación del papel del padre de familia, la figura de la "ama de casa" ha perdido significado y vigencia.

En primer lugar, difícilmente hubiera podido seguir actuando como "ama" en un mundo que aparece como decidido a transitar el camino que, aunque lleno de obstáculos y de retrocesos, lleva, claramente, hacia la desaparición de todos los "amos" y de todos los "esclavos". Y, en segundo término, difícilmente lo podría ser de una "casa" que va perdiendo inexorablemente su condición de "hogar", para pasar a convertirse en un simple "sitio físico" donde convergen, a ciertas horas, y a veces a distintas horas, individuos día a día más extraños los unos a los otros, cada día más egocentrados y menos solidarios.

Hoy son cada vez menos las mujeres que se empeñan en seguir jugando el rol de la tradicional "ama de casa", quizá porque sienten oscuramente que tal empeñamiento, a contramano del curso que sigue la evolución del agrupamiento familiar, las condena a constituirse en figuras casi fantasmales, sin consistencia y sin posible actualidad, "señoras" y "damas" casi tan irreales como aquéllas que provocaban el reverente homenaje de don Quijote de la Mancha.

De este modo la mujer se encuentra, en cuanto esposa y en cuanto madre, cumpliendo una función que, progresivamente, se va vaciando de contenido creador. Atada a un hogar al que dispersa la diáspora de destinos personales cada día más individualistas, la mujer se encuentra, a mitad de su vida, enfrentada a la soledad en que la dejan el deterioro frecuente de su relación de pareja, carcomida por la acción corrosiva del

desgaste, la rutina y la monotonía, y la separación sucesiva de los hijos que, muy precózmamente, tienden a autonomizarse, escapando al más aparente que real yugo paterno.

Tanto o más evidente que los que venimos considerando, resultan los síntomas del deterioro de la familia en cuanto centro asegurador y marco educativo.

Distintos factores (vida de ritmo acelerado, actividades exteriorizantes, ocupación de la madre en trabajos fuera del hogar, acción dispersiva del cine, la televisión y el material escrito e ilustrado, liberalización creciente de las costumbres y prejuicios sociales, pérdida de vigencia efectiva de los valores morales clásicos, progresiva libertad de intereses, de acción y de movilización de los sectores infantiles y juveniles, etc.), vienen disminuyendo, en forma por demás ostensible, el papel que, para bien o para mal, desempeñaba la familia como factor de respaldo social y formación educativa.

Es cierto que, unido a este hecho, se nos presenta el otro, que suele interpretarse como valioso y deseable, de que parezcan disminuir o atemperarse los tradicionales antagonismos entre padres e hijos. Pero, respecto de este hecho, entendemos que conviene precisar mejor su verdadero significado y estricto alcance.

Porque si bien es verdad que asistimos a una época en que las clásicas luchas generacionales languidecen, ello no se debe solamente a que se vayan desdibujando o se hayan superado las diferencias de cosmovisión y de cosmovaloración que enfrentaban a las generaciones sucesivas, sino a que los padres, cada día en forma más generalizada, renuncian a dar cumplimiento al imperativo, antes categórico, de dirigir y orientar el pensar, el sentir y el hacer de sus hijos.

Incluso podemos observar como, ante el hecho indudable de esta crisis de la autoridad y la responsabilidad paternas, los representantes de la generación mayor se limitan a adoptar posiciones puramente reactivas que van desde las cada vez menos frecuentes al tiempo que cada vez más estériles actitudes meramente represivas, hasta la cada día más generalizada y más irresponsable tolerancia ilimitada.

Lo que no se vislumbra es que padres y madres, ante este panorama de general desorientación educacional, se consideren capacitados y, sobre todo, se sientan inclinados a intentar retomar sobre sus espaldas la tarea de encauzar a una niñez y a una juventud que los factores socio-culturales de la época vuelven, día a día, más incontrolables.

Resultado de todo ello será que el "hogar", al ir perdiendo sus caracteres de íntima comunidad familiar, dejará de jugar el papel antes decisivo que le cabía en la formación del niño y del adolescente, sin que aparezcan otros ambientes capaces de suplantarlo y de evitar que se instale en la muchachada esa sensación de desamparado desarraigo que tiende a constituirse en la inseparable compañera de la juventud de hoy.

Hasta aquí la presentación de un espejo en el que, con un poco de honradéz, todos, más que menos, podemos mirarnos.

Ahora bien: ante la contundencia de estos hechos, entendemos que sirven de poco las exaltaciones verbales y retóricas de la familia y los estériles intentos de disimular la crisis, en la esperanza ingenua de no contribuir así a precipitarla.

No será, con seguridad, queriendo restaurar una familia hoy obsoleta que lograremos superar la crisis.

Nosotros entendemos que de lo que se trata, es, más bien, de renovar la familia para poder así defenderla de sí misma y de su clara proclividad autodestructiva. Es decir: lo que parecería más inteligente es abocarse decididamente a modificaciones creadoras que abran perspectivas de futuro, y no esterilizarse en añoranzas románticas de valores ya definitivamente periclitados.

O dicho de otro modo: si los pilares fundamentales sobre los que se asentaba la familia tradicional están hoy removidos hasta sus cimientos, lo que cabe es buscar otros puntos de apoyo para el nucleamiento familiar más firmes y más en consonancia con la realidad histórica que vivimos. Porque lo que la familia tradicional indudablemente tenía, y que la justificó a pesar de lo que hoy nos resultan carencias indisimulables, era el hecho de constituir, para todos sus miembros, una "comunidad verdadera", donde se sentían integrados con la naturalidad y la necesidad de una co-participación y una coresponsabilidad auténticas.

Es decir: hoy por hoy, todos los miembros de la familia han multiplicado y diversificado su inmersión en contornos sociales espontáneos u organizados; pero sólo excepcionalmente logran alcanzar, en ellos, lo que podríamos llamar "la vivencia de lo comunitario"; no logran, o lo logran difícilmente, sentirse en genuina "comunidad" con los demás.

Podríamos decir con conceptos del psicólogo F. Kunkel, que el hombre moderno asiste a la progresiva extinción de sus posibilidades de vivir "nosisticamente" y se vé arrojado al vértigo y a la angustia de la soledad existencial, la peor de las soledades por darse, justamente, en medio del más agitado y omnipresente ajetreo social. Y lo cierto es que este baño en la "muchedumbre solitaria" se da paralelamente a la disolución progresiva de la célula familiar en lo que tenía de "comunidad vital" por

excelencia.

II. EL MATRIMONIO TRADICIONAL

En lo que antecede revisamos, rápidamente, algunos de los que consideramos pilares fundamentales de la familia tradicional.

Pues bien: si esos eran los "valores" que tenía la familia, veamos ahora los que no tenía, los que le faltaban. Naturalmente que vista en la perspectiva de hoy, eran muchas las carencias y las deficiencias que caracterizaban a la familia tradicional. De todas ellas nos detendremos a ahondar en una que estimamos como fundamental, porque la consideramos responsable principal de la crisis familiar y porque sólo a través de su decidida superación vislumbramos, hacia adelante, perspectivas alentadoras.

Nos referimos, concretamente, al escaso o nulo papel que, en el matrimonio clásico, jugó el amor como vínculo entre los miembros de la pareja.

No vale la pena extenderse ni demorarse sobre la demostración de un hecho que sólo la hipocresía y el fariseísmo se han empeñado, y aún hoy se empecina, en negar o en disimular.

Todos sabemos que, salvo rarísimas excepciones, el matrimonio es la muerte, lenta pero segura, del amor.

Por algo las películas y las novelas de amor terminan siempre con el matrimonio de los enamorados y nunca comienzan con él. Porque con el matrimonio comienza el crepúsculo del amor.

Pero si estos hechos no bastaran, bastaría con revisar la montaña de estudios y de trabajos relativos a la familia humana (reservorio de la infinita erudición académica y de la ilimitada retórica pro-familiaristas); para poder comprobar, en forma acabada, hasta dónde al amor de los conyuges no entra para nada a pesar en el manejo de los temas; hasta dónde se lo ignora con un depurado arte de sofistería y hasta dónde se lo soslaya, sistemáticamente, mediante el expediente, siempre efectivo, de considerarlo como sobreentendido y "naturalmente comprensible".

En tal sentido, podríamos decir que, en lo único que se han logrado poner de acuerdo los familiólogos de las más diversas ideologías, es en excluir del tema, en forma sistemática, a este "convidado de piedra" de la sociología de la familia que es el amor de la pareja, considerándolo, unánimemente, como "une quantité négligeable".

Y en lo que también se han puesto de acuerdo, aunque en forma tácita (con la sonrisita socarrona y cómplice de "hombres con experiencia"), es en aceptar como "natural" y también como "comprensible de suyo", la universal disociación que el varón realiza entre el "amor", en sentido espiritual (el amor a la madre, a la hermana, a la novia, a la esposa), incontaminado de sensualidad y con la dosis mínima de sexualidad "forzosa", necesaria para el ejercicio de la "noble vocación maternal" de la esposa, por un lado; y, por el otro, las voluptuosidades de la sexualidad y el erotismo, cuyo ejercicio fuera del matrimonio asegura la inmaculada castidad de este. Esta disociación, consagrada en la llamada "doble norma", se asienta sobre el aberrante prejuicio de que la mujer es un ser "biológicamente" insensible y casi no solicitado por las pulsiones instintivas del sexo, aserto que se ha pretendido fundamentar con la acumulación de las más grotescas (al tiempo que monstruosas) "comprobaciones científicas" (de las que se

destaca, por su difusión y por su peso, la deplorable caracterización freudiana de la mujer como "hombre castrado" y las peregrinas cuando no pintorescas consecuencias que los psicoanalistas han sacado y siguen sacando para desgracia de sus pacientes y vergüenza de la psicoterapia "soi disant" científica).

De este modo, se ha condenado a las mujeres, en relación con el sexo, a dividirse, para cómodo uso de hombres previamente disociados, en dos tipos patológicos y mutilados: el tipo de la mujer esposa y madre, víctima de una supuesta "fatalidad" biológica y fisiológica, que la margina de toda participación en el goce sexual pero que la compensa con una sobre-estimación fariseica de sus virtudes y atributos virginales; y el tipo de la hetaira, de la prostituta o de la amante, a quienes una voluptuosidad y un erotismo desmedido y posiblemente enfermizo facilita la tarea de desahogar los "bajos instintos animales" propios del varón sin que, de esta manera y por este "capricho de la naturaleza", las orgías sexuales y más o menos pornográficas de este, lo abrumen con sentimientos de culpa o escrúpulos de conciencia.

En esta perspectiva, a la que las mujeres se afilian con una sumisa complicidad, es natural que toda mujer se vea continuamente enfrentada al hombre como al "animal de presa" que, ya al mirarla, la desnuda y la "cosifica", degradándola a la condición de mero objeto sexual, de mero objeto de placer, condición de la que sólo se salva "seduciendo" al seductor y convirtiéndolo en "su" marido. Todas las mujeres, durante siglos, han aceptado este juego peligroso al "cazador cazado", perdiendo la mayor parte de las veces y "ganando" algunas, pero contribuyendo, en todos los casos, a asentar la vinculación de pareja sobre el terreno resbaladizo de la trampa recíproca.

Este juego, eminente desleal, que ha constituido el muy discutible

"encanto" de la aventura amorosa y sexual, verdadero diálogo entre gitanos (donde - al decir de Machado - "se miente mas no se engaña") ha matado en "status nascendi" todo posible compañerismo amoroso, enfrentando al hombre y a la mujer, uno contra la otra, dentro y fuera del matrimonio, como enemigos siempre dispuestos a explotarse recíprocamente.

Ahora bien: nada de esto constituye, a la altura de los tiempos en que vivimos, una novedad que asombre o que alarme. Dos mujeres, igualmente lúcidas, aunque con estilos y profundidades muy dispares, se han encargado de describir y de ahondar esta doble condición de "victima" y de "victimaria" del hombre a que una cultura, no humana sino masculina, ha condenado a la mujer.

Simone de Beauvoir (4) en su profundísimo, erudito y convincente libro "El segundo Sexo" ha desarrollado el más aplastante testimonio contra la secular reducción de la mujer a mero objeto de la explotación masculina. Esther Vilar (5), en un ensayo más sensacionalista que profundo, "El varón domado", pero fundamentalmente verdadero en sus intuiciones básicas, se encargó de dibujar, con el ingenio (aunque también con la frivolidad) propia de los "best sellers", la contra-imagen de la mujer como hábil (casi diabólicamente hábil) explotadora del hombre, a quien subyuga, justamente, alentando para su beneficio, sus casi ridículas vanidades de "macho".

Pero veamos en que termina, a los efectos del tema que nos interesa, esta partida que dura siglos, entre jugadores fulleros. Pues este juego termina donde, naturalmente, tenía que terminar: con los dos estafadores estafados y, por añadidura, presos. Presos en la sórdida cárcel en que, para ambos, se ha convertido el matrimonio convencional.

(4) SIMONE DE BEAUVOIR.-"El Segundo Sexo".-Edic. Siglo Veinte. B. Aires (1965)

(5) ESTHER VILAR.-"El Varón Domado".-Edit. Grijalbo. B. Aires, 1973

En efecto: los "cónyuges", con la sumisión y la resignación propias del buey que tira del arado, se hacen colocar, en ceremonia cada vez más gris y más triste, el "yugo" por el que, voluntariamente renuncian "para siempre" a su condición y a su dignidad de seres libres y plenos e ingresan en la "sociedad conyugal" en donde, a partir de ese momento, organizarán y sistematizarán el proceso de su explotación recíproca.

Las despedidas de solteros tienen, indudablemente, un profundo significado. Se despide, con nostalgia, al compañero (a veces también a la compañera) que se aparta de "la vida", que renuncia a una existencia creadora en el mundo abierto de la aventura humana, para encerrarse por la eternidad, en la opresiva estrechez de "la casa" y su universo sórdidamente doméstico y domesticante.

El amor de la pareja debería consagrar una recíproca ampliación de los universos personales, un enriquecimiento mutuo de cada ser creciendo en y con el otro. Lamentablemente ^{se nos presenta a pie} consagra un empobrecimiento, una pérdida y un encogimiento.

El sentido "posesivo" del matrimonio, la condición de "propietario" del otro que adquiere cada cónyuge a través del contrato matrimonial, los convierte, a ambos, en meros "objetos poseídos", que se vengan de su "desposesión" personal mediante una revanchista enajenación recíproca.

No nos puede asombrar, en este contexto, el sordo resentimiento que, ante esta pérdida de sí mismos, experimentan y evidencian la mayor parte de los maridos y de las esposas cuando los años, deteriorando sus vocaciones para el disimulo, van endureciendo de amargura y de desencanto sus corazones y sus rostros.

Esta caracterización, aunque evidente hasta por demás, se suele intentar desconocer en ese afán, que analizábamos más arriba, de evitar

precipitar el deterioro de la institución matrimonial mostrándola tal como es y no como quisiéramos que fuera.

En esa perspectiva, nuestra descripción del matrimonio convencional puede resultar, para muchos, demasiado despiadada e inútilmente agresiva.

Pues bien: para quienes todavía duden, nos queda la evidencia final y esa sí incuestionable, que descubre la patología creciente del matrimonio moderno y la urgente necesidad de una terapia y, sobre todo, de una profilaxis social y cultural que abra, a través de la renovación del mismo, nuevas posibilidades para la familia humana.

Nos referimos, concretamente, al alegato ilevantable que, contra el matrimonio actual, constituye la extensión y la gravedad de la frigidez sexual femenina y las repercusiones hondamente distorsionantes que la misma tiene en el equilibrio psico-emocional del grupo familiar.

III. LA FRIGIDEZ SEXUAL FEMENINA

Respecto de este agudo problema, insidiosamente incrustado en el seno de la familia, problema que confrontan la casi totalidad de los matrimonios, resultan verdaderamente asombrosos la indiferencia y el desinterés con que ha sido ignorado o subestimado. Resultan asombrosos pero, al mismo tiempo, sobradamente elocuentes, y tendríamos que ser muy ingenuos para no rastrear, bajo ese curioso desinterés, la acción subliminalmente represiva de una moral socio-cultural que evita, sistemáticamente enredarse en temas que puedan resultar comprometedores.

Porque el tema de la frigidez femenina "trae cola". La "propiedad" de la esposa por parte de su marido no se podría encontrar mejor asegurada y más protegida que cuando la mujer ignora o rechaza íntimamente las posibilidades que le habilitarían una apertura y una disponibilidad sin prejuicios a las delicias del sexo.

Los estudios de la respuesta sexual femenina, con todos los rigores del laboratorio y la ciencia experimental, que inauguran los trabajos pioneros de Master y Johnson, aportan a este tema evidencias incontrovertibles y que relegan al desván de los trastos viejos a toda una impresionante cantidad de hipótesis, de teorías y de "pruebas", supuestamente científicas, que habían apuntalado, durante decenios, los más retrógrados tabúes sexuales anti-femeninos.

Y demuestran, en forma acabada y terminante, hasta dónde la "colonización sexual" de la mujer se ha valido, de igual modo que la colonización económica y política de los pueblos, de los "sabios célebres" y de los austeros "hombres de ciencia" para mantener el status opresivo del que se beneficiaban.

En efecto, ha sido política tradicional de todas las metrópolis para con sus colonias, mantenerlas en la ignorancia de sus derechos más elementales; y, cuando no han tenido más remedio que reconocerlos, arreglárselas para que el reconocimiento de los mismos se divorciaran, claramente, de su ejercicio efectivo. Son por demás conocidos los ejemplos de las distintas potencias imperiales que, después de mantener por siglos a los pueblos que supuestamente "civilizaban" sumidos en la más crasa ignorancia, terminan por concederles "graciosamente" la independencia política, pero con buen cuidado de reservarse el derecho de mantenerlos en el área de su dominación económica.

Con lo que la afirmación libertaria de más de un estado "independiente y soberano" no pasa de constituir un gesto puramente retórico en flagrante contradicción con la situación de dependencia económica que prolonga, indefinidamente, su servidumbre al amo de siempre.

Muy análogo a este proceso es el que se viene desarrollando en relación con la servidumbre sexual de la mujer. También la "colonización sexual" de la mujer se ha valido, como de sus instrumentos por excelencia, de la ignorancia activamente organizada y de la represión sistemática paracerrarle a la mujer, durante siglos, la conciencia y el ejercicio de

sus derechos sexuales.

O dicho más clara y rotundamente: la frigidez femenina no es otra cosa que el resultado forzoso de la ignorancia y de la represión sexual y el prerequisite indispensable para que resulte "natural" la servidumbre y la explotación de la mitad del género humano.

En efecto: contra lo que se le ha hecho creer al hombre y a la propia mujer, la frigidez sexual de la mujer no es "natural" y no es, tampoco, una "enfermedad" que sufre la mujer en cuanto tal.

Veamos, primeramente, este pretendido carácter patológico de la frigidez femenina. Para empezar, digamos que hoy está demostrado que la frigidez no es una enfermedad, del mismo modo que no son enfermedades las distintas características de los pueblos oprimidos en cuanto resultados de la opresión. La frigidez no es fundamentalmente (aunque también lo sea) una enfermedad individual, que padezcan tales o cuales mujeres como resultado de particulares desarreglos orgánicos o psicológicos. La frigidez es una enfermedad de etiología definidamente social o socio-cultural y, en consecuencia, su terapia no deberá encararse tanto individual como colectivamente. Y más que terapia, se hace evidente de suyo que lo que tendrá que postularse será la necesidad de una efectiva profilaxis que erradique, decididamente, las condiciones sociales y educativas que genera la frigidez femenina como respuesta forzosa y "adaptada" a las exigencias de un medio.

Todo esto, naturalmente, sin perjuicio de que las mujeres individuales que padecen a causa de su frigidez reciban la ayuda y el apoyo necesarios para su superación.

Hoy disponemos de testimonios suficientes como para poder afirmar que tanto la biología sexual como la sociología sexual han demostrado no solamente que el placer sexual y el orgasmo son atributos naturales de la mujer, sino que, incluso, aparecería la mujer como mejor capacitada

para los mismos que el propio hombre.

Así lo confirman las minuciosas investigaciones de Master y Johnson y sus aplastantes éxitos terapéuticos y así lo ratifican los estudios *antropológicos* comparativos de las culturas y sociedades no represivas (M.Mead y otros).(6)

"No cabe duda de que la capacidad de la mujer para el orgasmo no sólo iguala, sino que en realidad supera a la del varón por lo menos en un aspecto: la mayor capacidad de la mujer para experimentar el orgasmo múltiple. La mujer puede llegar al orgasmo mucho más frecuentemente que el hombre, de modo que puede afirmarse que su potencia sexual, siempre que la atracción sexual sea suficiente, es mucho mayor que la del hombre"... "esta observación es igualmente aplicable a la intensidad del impulso sexual femenino considerado en general: los estudios culturales y de casos individuales de nuestra propia sociedad indican muy claramente que no podemos hablar de una auténtica diferencia sexual. En todo caso, podemos afirmar (como lo han demostrado Margaret Mead y otros antropólogos) que las formas sociales que alientan a las mujeres a reaccionar sexualmente producen mujeres que exhiben un impulso sexual de intensidad igual al del hombre. Por el contrario, donde la sociedad desalienta o castiga la manifestación de intensos deseos sexuales en las mujeres, produce individuos de sexo femenino cuyo impulso sexual parece inferior al del varón". (7)

(6) MASTER y JOHNSON.- "Respuesta sexual humana".-Edit. Inter-Médica. B. Aires (1967).- "Human Sexual Inadequacy" (Sin traducción). (1970).

MARGARET MEAD.- "El Hombre y La Mujer".-Edit. Comp. Gral. Fabril Editora, B. Aires (1961).

(7) PHYLLIS y EBERHARD-KRONHAUSEN.- "Sensibilidad Sexual de la Mujer".- Pág. 19 Edic. Siglo Veinte. B. Aires (1969)

Y en respuesta explícita y directa a pregunta concreta que les formulan en un "interview" personal, expresan:

"P.B. - ¿Ustedes opinan que, en igualdad de las condiciones restantes, la mujer debe alcanzar el orgasmo tan fácilmente como el hombre?

Master: Claro que sí. No se nos ocurre ninguna otra sugerencia. Aparentemente las restricciones sociales puritanas y victorianas destruyeron o alteraron la capacidad de respuesta natural de la mujer. ... Pienso que lo que debo subrayar aquí es que, desde el punto de vista fisiológico, la respuesta sexual del hombre y de la mujer son increíblemente parecidas y no distintas."(8)

Pero, si ésta es la realidad de la sensibilidad sexual femenina, debemos preguntarnos: ¿qué significado tienen, entonces, el 60, el 70 o el 80 por ciento de mujeres frías que registran, con estimación muy moderada, las más diversas estadísticas?

La respuesta es clara: la mujer ha sido condenada, por una sociedad y una cultura "falo-céntrica", a la condición de esclava y sirvienta sexual del hombre, a la condición de "esposa resignada sexualmente, que entendía que sus propias necesidades eróticas carecían de importancia, siempre que él tuviese su placer".(9)

(8) NAT LEHRMAN.-"Las técnicas sexuales de Master y Johnson".-

Granica Editor, B. Aires, 1972, Pág.174.

(9) P. y E. KRONHAUSEN, o.c., pág. 15

Master y Johnson han analizado exhaustivamente esta modalidad aberrante, universalmente difundida, del comportamiento femenino en y fuera del matrimonio, bajo el rubro, muy elocuente, de "rol del espectador". Este es, exactamente, el papel que juega, en la pareja tradicional, la mujer "pasiva y receptiva". El sólo hecho de profundizar en esta condición, nos enfrenta a toda la sordidez que envenena las fuentes mismas del amor al condenar a la mujer a ser nada más que la espectadora, fríamente desagradada, de las convulsiones, las gesticulaciones y los espasmos de su marido.

O dicho lisa y llanamente, como colofón de todo lo anterior: "si la posibilidad de goce para la mujer existe (y comprobamos que sí, que existe), hacer frígida a la mujer es una mutilación" (10) O lo que es lo mismo: las mujeres no son naturalmente frígidas, sino que las hacemos social y culturalmente frígidas. Con la entusiasta aprobación de sus propietarios y amos masculinos, para quienes vale, sin lugar a dudas, lo que una luchadora por la auténtica liberación femenina expresara, cuando, parafraseando al Mao de la Nueva China, concretó el dominio del hombre y la servidumbre sexual de la mujer en el lema: "El poder surge de la punta del falo" (11)

IV. LOS INSTRUMENTOS DE LA OPRESION: EL ANALFABETISMO SEXUAL Y LA REPRESION SEXUAL.

El que no sabe es como el que no ve. Y el que no ve es víctima segura de su ceguera. Por eso todos los poderes opresivos han cultivado sistemáticamente la ocultación y el falseamiento de la verdad. Porque la verdad libera.

(10) y (11) CRISTIANE ROCHEFORT: "El mito de la frígidez femenina en "La Liberación de la Mujer: Año Cero". pág. 92

Granica Editor. B. Aires, 1972.

La ignorancia, en cambio, asegura y eterniza la sumisión. En efecto, sólo cuando el oprimido toma conciencia de su opresión empieza a sentirla como tal y empiezan a bullir, en su interior, los pujos de la liberación.

Por eso resulta tan peligrosa la información y la cultura. Y por eso encuentra tantos abogados la ocultación y el oscurantismo.

Sin embargo, el oscurantismo sexual rebasa todas las medidas. La verdad es que, si junto con la B.C.G., no nos inocularan, cuando nacemos, la poderosa vacuna contra la curiosidad sexual ^{y no profanación} ~~y el erotismo~~, ^{si temáticamente el sexo femenino sexual como ~~condición~~ condición de sexualidad,} no podría dejar de resultarnos por demás llamativa, ya de grandes, la empecinada ocultación de las verdades sexuales.

Lo cierto es que, si no fuera así, deberíamos habernos formulado ya algunas preguntas elementales: ¿Por qué, en efecto, se teme a la verdad en relación con el tema sexual, cuando se la elogia y se la exalta en relación con todos los demás temas? ¿Qué es lo que, concretamente, se teme cuando se prefiere callar prudentemente u orillar capciosamente la verdad sexual? ^{Por qué,...}

Mucho se habla, últimamente, (quizá demasiado), de información y educación sexuales. Sin embargo, lo evidente es que no cabe pretender educar, a ningún nivel, mediante la mentira o con la verdad a medias. La primera condición para poder informar y educar es "hacerle sitio" a la verdad, ^{a toda la verdad,} removiendo la espesa maraña de mentiras, de patrañas y de fantasías que oscurecen, enturbian y distorsionan toda la problemática sexual.

Y para ello, lo primero será denunciar la mentira principal que organiza, coherentemente, todo el oscurantismo sexual: nos referimos a la mentira que supone querer hacer creer, como se lo hace casi universalmente, que el sentido de la sexualidad se agota, sin residuo, en su función al servicio de la reproducción humana, y nada más que

de la reproducción humana. Y que oculta, complementariamente, la verdad verdadera de que el sexo está (y ha estado siempre) , fundamentalmente, al servicio del placer, del erotismo y del amor.

Dos, tres, cuatro, cinco hijos en la vida de un matrimonio lo están diciendo "a gritos". Antes, pues, de la venida del hijo (todo lo antes que se quiera) y después de la venida del hijo (todo lo después que se quiera), el sexo estará, y no podría ser de otro modo, pura y exclusivamente al servicio de la felicidad amorosa de la pareja.

No otra cosa es, por lo demás, lo que sostiene Alex Comport cuando, al afirmar el carácter primariamente "recreativo" del sexo, dice: "La cópula sexual es, en otras palabras, el deporte humano más sano y más importante, y la necesidad de considerarlo en otros contextos, médicos o sociológicos, nunca debería oscurecer esta realidad" (12).

Pues bien: unida de la mano de este falseamiento "reproductivista" del sexo, se nos presenta su natural consecuencia "moralizante": la exaltación hipócrita de la maternidad que, como veremos, tendrá que ser, para merecer los homenajes debidos, fundamentalmente una "maternidad sin pecado".

En efecto: por herético que resulte, hay que decirlo sin remilgos: no ha habido mejor manera de negar a la mujer, en su dignidad de ser pleno y total, que reducirla a su mera condición de madre. Porque la mujer es también, potencialmente, madre, pero no sólo o fundamentalmente madre. La función procreativa no en sí ni más ni menos elevada que otras funciones biológicas. Del mismo modo que no cabe definir al hombre como "semental humano", no cabe, sin desmedro de su ser personal, pretender definir a la mujer reduciéndola a la condición de "ponedora". Ni el hombre ni la mujer son animales

de cría. La "procreación" tendrá que ser también "creación" para ser verdaderamente humana.

Leamos a Nietzsche, siempre actual en la profundidad de sus aforismos: "No debes sólo reproducirte, sino superarte! Sírverte para eso el jardín del matrimonio! Debes crear un cuerpo superior, una rueda que gire sobre sí; debes crear un creador".(13)

O dicho de otro modo: el hijo será la consagración del encuentro entre dos seres que se aman. O no deberá ser.

Lo primero será, pues, el amor.

Lo que no podemos aceptar es que se santifique no el hijo engendrado con amor, sino, simple y meramente, el encuentro casual de un espermatozoide con un óvulo.

Y que, consecuentemente, se pretenda despojar a la procreación de su fundamento amoroso hasta el extremo de plantearnos, como se ha hecho en la sociedad occidental y cristiana durante sus largos veinte siglos de existencia, el "sin pecado concebido" como arquetipo de la maternidad.

Este arquetipo de la maternidad "pura", no contaminada de sexo, ha producido millones de mujeres que han sobrellevado largos años de matrimonio, han quedado embarazadas, han parido y han soportado las periódicas arremetidas sexuales de su marido en absoluta virginidad psicológica.

(12) ALEX COMFORT.- "La sexualidad en la sociedad contemporánea". Pág. 31).

(13) FEDERICO NIETZSCHEE.-"Así hablaba Zaratustra.-Ed. Sempere y Cia. Valencia - Madrid. pág. 55.

Con profunda agudeza lo anota Florencio Escardó en su "Sexología de la Familia" (14) cuando observa que sólo al hombre le prohíbe el Decálogo "desear a la mujer del prójimo", sin que exista un mandamiento equivalente para las mujeres. De igual modo, la pregunta ceremonial que se le formula al futuro marido es: "¿Tomáis por esposa y mujer...?" , mientras que la mujer sólo se le interroga: "Tomáis por esposo...?".

No se trata, evidentemente, de que el deseo sexual y el erotismo se den por sobreentendidos para la mujer, sino que se dan por inexistentes.

Y esta tácita negación, alimentada por siglos de hipocresía y mogigatería ha terminado haciendo a la mujer a imagen y semejanza de lo que el hombre quizo que fuese: hoy no bastan los millones gastados en publicidad erotizante y sensualizante ni la promoción casi impúdica de arquetipos femeninos semipornográficos para sacar a las mujeres del refrigerador en que las colocaron, para su tranquilidad, los propios hombres.

La tragedia de la mujer moderna es que descubre que, aunque ahora le abran la puerta, ya no puede salir, porque no se anima, de la dorada jaula en que la tuvieron encerrada por milenios. El "cinturón de castidad" de la frigidez que supuso para la gran mayoría de las mujeres su aceptación del ideal virginal de madre y esposa, les cierra ahora, desde adentro, el acceso a un destino, que recién vislumbran, de mujeres plenas, de mujeres totales.

(14) F. ESCARDO.-"Sexología de la Familia".-págs. 15 y 16. Edit.

El Ateneo. (1970).

La obra maestra del opresor, su maniobra magistral, es volverse innecesario, hacerse superfluo. Cuando el oprimido ha introyectado al opresor, cuando se ha identificado con él, el opresor ya no hace falta para mantener la opresión. La opresión se mantiene sola con la diligente complicidad del oprimido.

Simone de Beauvoir definió a la mujer como "víctima y cómplice" del hombre. Sólo en la medida en que la mujer tome conciencia de su condición de víctima y repudie su condición de cómplice, se abrirá, para ella, un camino cierto hacia su genuina liberación.

V. LIBERACION Y PSEUDO-LIBERACION

Es indudable que la condición de la mujer ha variado en los últimos tiempos, abriéndole las posibilidades de una consumación personal y social inconcebibles unos pocos años atrás.

Pero igualmente indudable resulta el hecho de que el acceso de la mujer a un status jurídico, político y laboral equivalente al del hombre y la apertura, para ella, de los centros de estudio y de capacitación no han supuesto, como era de esperar, una efectiva liberación de sus ancestrales servidumbres. Y no lo han supuesto porque todas estas conquistas, con todo lo que sin duda importan, se desvanecen en su significado más profundo y más decisivo ante el hecho contundente de que la mujer continúa, a pesar de ellas, tan alienada sexualmente al hombre como sus respetables abuelas.

Mientras la mujer no tenga el derecho pleno, reconocido sin ambages, "de jure" y "de facto", para el ejercicio integral de su sexualidad y para la búsqueda y la participación en el placer sexual a igual título que su compañero; mientras la mujer siga siendo "objeto" de placer para el hombre, en el matrimonio o fuera de él, la mujer no adquirirá la dignidad de persona autónoma y soberana, y mantendrá, consecuentemente, su condición subalterna de segundo sexo.

Esta concepción de la mujer como "objeto" de placer para el hombre (y no como "compañera del hombre" en el placer y en el amor), aparte de que sigue "fabricando" la frigidez femenina como su producto automático e inevitable, determina que se mantengan, en los hechos, todas las tradicionales inferioridades sociales, culturales, laborales, políticas y económicas de la mujer.

En realidad, lo que la mujer tendrá que sacudirse de encima (con todo lo que ello suponga de ganancia pero también de pérdida) para acceder efectivamente a su condición de mujer plena, será, concretamente, el estigma de su prostitución al hombre. Prostitución frontal y franca, cuando la mujer recibe directamente dinero a cambio de la gratificación sexual que ofrece; pero prostitución también, aunque consagrada y enaltecida social y moralmente, cuando, dentro del matrimonio, se sacrifica durante años, noche tras noche, "para que él tenga su placer". A cambio, naturalmente, de disfrutar del respetable status de esposa y madre y de la seguridad económica y material que le es inherente.

Así lo expresa, con total claridad, Mary Calderone cuando escribe: "Las iglesias tendrán que iniciar discusiones abiertas sobre qué es la moralidad de una relación. ¿Es, simplemente, acostarse con alguien con quien está uno casado? Dentro del matrimonio existen muchas relaciones inmorales y explotadoras" (15).

Y Florencio Escardó en su ya citada "Sexología de la Familia" lo dice en forma aún más cruda: "...y aún hay muchas mujeres que ni siquiera tienen de su genitalidad otra idea que la de un juego de receptáculos y émbolos, y de la función conyugal la de un juego orgánico con apoyo económico y jurídico. El matrimonio sólo está (15)MARY CALDERONE.-"La participación de la escuela en la educación sexual". pág. 91.

consumado cuando ambos cónyuges han hallado en la genitalidad la plenitud orgásmica y la total integración psico-física: por duro que parezca decirlo, muchos matrimonios considerados honorables son, en lo genital, meras formas de la prostitución" (pág. 13).

Ahora bien: esta condición de explotada sexual del hombre, que la mujer soporta desde el fondo de los tiempos, ha generado en ella dos actitudes contrapuestas pero igualmente contrarias a su liberación: la sumisión al hombre y la hostilidad al hombre.

Cuando la toma progresiva de conciencia de su opresión la lleva a rebelarse, cuando se incorpora y rechaza combativamente su sumisa resignación, lo que pasará a ocupar el primer plano y a inundarla de rencor será su hasta entonces soterrada hostilidad al opresor de siempre. Nada más fácil que desvirtuar una actitud necesaria y justamente reivindicativa en una actitud ciegamente agresiva anti-masculina. Entonces la lucha contra el hombre pasará a ocupar todo el tiempo de la mujer (como antes lo ocupó la conformista devoción), y surgirá, militantemente, ese "feminismo" intransigente y vengativo, tan unilateral y aberrante como el propio "machismo" al que combate y del que pasa a ser el simple reverso.

Aquí cabe, sin duda, el cuestionamiento válido para los excesos de todos los radicalismos desbordados: no tiene más mérito negar más que negar menos; lo importante será ser capaz de negar lo necesario, lo justo, y evitar que la pasión desmesurada y el resentimiento obnubilen la no menos necesaria capacidad de afirmación.

Y lo que aquí habrá que afirmar es que la liberación de la mujer se conquistará con el hombre y no contra él.

O dicho de otra manera: la liberación de la mujer tendrá que ser una tarea, no del hombre o de la mujer, sino del hombre y de la mujer, una tarea de la pareja humana; una tarea para quienes han superado la dinámica del antagonismo y del odio y están disponibles para el "encuentro" y el amor.

VI. EL AMOR Y LA SOLIDARIDAD COMO FUNDAMENTOS DE LA FAMILIA Y DE LA SOCIEDAD

Decíamos al principio de este trabajo que ~~el~~ fracaso de la familia tradicional resultaba del fracaso de su espíritu comunitario. Y que éste, a su vez, era la consecuencia natural de una evolución del matrimonio asentada sobre la autoridad sin amor y sobre el abuso de poder que caracterizó la tiranía familiar y sexual del "pater familias".

También decíamos que parecía poco inteligente intentar salvar a la familia con esfuerzos "restaurativos" condenados, de antemano, a seguro fracaso.

Después de todo el camino recorrido, quizá podamos ver ahora más claro ~~por~~dónde es posible habilitar soluciones realistas y constructivas capaces de ayudar a que la familia humana supere la etapa de deterioro y de disolución progresivos en que ha ido cayendo.

Si lo que la familia ha ido perdiendo fue su espíritu comunitario y su capacidad de íntima inter-comunicación entre sus miembros por haber desconfiado del amor y confiado exageradamente en el poder; si la frialdad y el egocentrismo a nivel sexual, erótico y amoroso, enfrentó al marido y a la mujer como a enemigos tácitos que recíprocamente procuraban dominarse para salvarse de ser dominados; si la necesidad de aseguramiento y el espíritu de competencia se incrustó en el corazón mismo de la pareja humana hasta volver sus palpitaciones

casi inaudibles, lo que hoy se impone es postular la necesidad de una nueva familia y de un nuevo matrimonio asentados sobre la sólida y cálida comunión de sus miembros.

Anotábamos más arriba hasta dónde la filosofía cristiana de la familia, queriendo elevar a la mujer a idealizados niveles de pureza, la prostituyó de hecho convirtiéndola en la sirvienta sexual del hombre. Es interesante rastrear más hondo en esta esencial y paradójal contradicción del espíritu cristiano.

En efecto: la filosofía cristiana puede ser definida como la filosofía del amor; pero, también, como la filosofía de la negación del amor. Es obvio que, para el cristianismo, el amor al prójimo constituye el alfa y omega de toda posible solidaridad humana. Pues bien: lo más "prójimo", lo más cercano, lo constituye el "ser amado". El amor de la pareja constituye, pues, el amor al prójimo "kat'exogen". Sólo a partir de él, apoyándose en él, cabe proyectar un amor sin resentimientos y sin exclusiones más allá, hacia los demás, hacia la Humanidad.

Efectivamente, la comunión entre el Yo y el Tú de los enamorados constituye la comunidad existencial básica, a partir de cuya consumación crece el espíritu de una solidaridad social capaz de concretar agrupamientos comunitarios más amplios.

Dicho con las palabras inspiradas de Martín Buber: "Aún las instituciones de la llamada vida personal no pueden ser renovadas por el sentimiento libre (aunque ellas no pueden ser renovadas sin él). El matrimonio, por ejemplo, no adquirirá vida nueva sino por aquello que siempre ha dado fundamento al verdadero matrimonio: el hecho de que dos seres humanos se revelen el Tú el uno al otro. Es sobre este fundamento que el Tú, que no es el Yo de ninguno de ellos, edifica el matrimonio. Este es el factor metafísico y metapsíquico

del amor para el cual los sentimientos sólo son meros acompañamientos. Quien quiera dar nueva vida al matrimonio por otro procedimiento, no difiere esencialmente de quien quiere abolirlo. Ambos ponen de manifiesto claramente que desconocen el factor vital. En efecto, si se dejara de lado, en la tan discutida filosofía erótica de nuestro tiempo, todo lo que se refiere al Yo, es decir, todas las relaciones en las cuales uno no está presente frente al otro, y en las cuales cada uno se limita a gozar de sí mismo y a favor del otro-¿qué quedaría?. (16)

El espíritu cristiano exaltó el amor y negó el amor. Y pudo hacerlo porque lo escindió, artificialmente, en sus momentos constitutivos y fácticamente inseparables. Idealizó el amor y degradó el erotismo y el sexo, presentando al primero como expresión de la gracia, y al segundo como manifestación del pecado. Diferenciando y contraponiendo el "espíritu" y la "carne" logró transformar a cada hombre y a cada mujer, a cada matrimonio y a cada familia, en un campo de batalla, en un "nido de víboras".

Porque la verdad es que el amor, el erotismo y el sexo son inseparables. Cuando se intenta separarlos es cuando, justamente, se pierde la "salud" y se ingresa en el infierno de la patología de la carne y de la patología del espíritu.

Lo diabólico no es el sexo; lo diabólico es el sexo sin amor y el amor sin sexo. Pero si esta es la verdad, tendremos que reconocer que lo diabólico se ha instalado en el mundo de los hombres y ha infiltrado todas sus instituciones. El matrimonio y la familia han sido sus primeras víctimas.

(16) MARTIN BUBER. "Yo y Tú".-Edit. Galatea.-Nueva Visión. B. Aires (1956).

La terapia no podrá dejar de ser, pues, integrativa. Habrá que rehacer la unidad, fundiendo en el crisol del amor pleno, los fragmentos de la solidaridad humana desperdigados por la acción disolvente del egocentrismo agresivo.

Y en esta integración juega un papel fundamental la recuperación de las casi metafísicas implicaciones del orgasmo amoroso. Una recuperación de lo que, según Mary Calderone, constituye "la experiencia emotiva, totalmente privada, profunda, poderosa, comunicativa y reparadora, del esposo y la esposa; lo que el Dr. León Israel engloba en el papel conciliador del coito y que yo llamo la gracia curativa del coito" (op.cit. pág. 82).

Porque el orgasmo, cuando es lo que debería ser, el doble éxtasis simultáneo o casi simultáneo de los compañeros en el amor, representa la más radical y profunda refutación del egocentrismo y del egoísta individualismo sexual que caracterizan al hombre y a la mujer alienados.

Leamos a José Rattner: "El acto sexual es una de las vivencias más intensas que conocemos. Establece una relación entre dos personas que, en el momento del más alto placer, dejan caer todas las barreras individuales y se sienten un solo cuerpo y una sola alma. El orgasmo que irrumpe entonces hace estallar todas las fronteras de la personalidad: representa corporal y anímicamente una experiencia de transfiguración en la que cada uno se pierde a sí mismo para volver a recobrarse en el otro. En este sentimiento va incluido el sentimiento de entrega: se da uno al compañero, cuyo placer aumenta decisivamente el propio placer... Toda la soledad de la vida desaparece cuando dos personas amantes se abrazan una a otra; el Yo, ordinariamente afanado en sus trabajos y menesteres, se convierte en un nosotros que, lleno de dicha, "en el instante siente

La terapia no podrá dejar de ser, pues, integrativa. Habrá que rehacer la unidad, fundiendo en el crisol del amor pleno, los fragmentos de la solidaridad humana desperdigados por la acción disolvente del egocentrismo agresivo.

Y en esta integración juega un papel fundamental la recuperación de las casi metafísicas implicaciones del orgasmo amoroso. Una recuperación de lo que, según Mary Calderone, constituye "la experiencia emotiva, totalmente privada, profunda, poderosa, comunicativa y reparadora, del esposo y la esposa; lo que el Dr. León Israel engloba en el papel conciliador del coito y que yo llamo la gracia curativa del coito" (op.cit. pág. 82).

Porque el orgasmo, cuando es lo que debería ser, el doble éxtasis simultáneo o casi simultáneo de los compañeros en el amor, representa la más radical y profunda refutación del egocentrismo y del egoísta individualismo sexual que caracterizan al hombre y a la mujer alienados.

Leamos a José Rattner: "El acto sexual es una de las vivencias más intensas que conocemos. Establece una relación entre dos personas que, en el momento del más alto placer, dejan caer todas las barreras individuales y se sienten un solo cuerpo y una sola alma. El orgasmo que irrumpe entonces hace estallar todas las fronteras de la personalidad: representa corporal y anímicamente una experiencia de transfiguración en la que cada uno se pierde a sí mismo para volver a recobrase en el otro. En este sentimiento va incluido el sentimiento de entrega: se da uno al compañero, cuyo placer aumenta decisivamente el propio placer... Toda la soledad de la vida desaparece cuando dos personas amantes se abrazan una a otra; el Yo, ordinariamente afanado en sus trabajos y menesteres, se convierte en un nosotros que, lleno de dicha, "en el instante siente

la eternidad". De ahí que todos aquellos que son capaces de sentir el orgasmo, vivan la unión sexual como la cumbre de la felicidad en esta vida; y busquen renovar, constantemente, esta experiencia para dar expresión a su amor y sellarlo una y otra vez". (17)

O dicho de otro modo: habrá que reincorporar a la vida amorosa de la pareja el placer y el erotismo; habrá que rehacer la unidad perdida, que recibir con hospitalaria alegría, en el seno del nuevo matrimonio, a esos dos exilados del matrimonio convencional.

Habrá, eso sí, que tener el coraje, también, de estar dispuestos a enfrentar, heréticamente, a los torvos inquisidores de siempre. Para los filisteos del moralismo miope, la verdad y la salud resultan casi escandalosas y sus portavoces, tenebrosos incendiarios empeñados en subvertir las "venerables tablas de los valores consagrados".

Pero no hay alternativa. Tendremos que ser capaces de ser herejes, si queremos ser creadores. Y ser creadores supondrá ser capaces de oponer dialécticamente al "sin pecado concebido" y al "parirás con dolor", el "parirás sin temor" y "engendrarás con placer".

Es decir: habrá que postular, para el hombre y para la mujer, una nueva libertad y una nueva responsabilidad sexual; habrá que embarcar a la pareja humana, valientemente, rumbo a una sexualidad sin miedo, haciéndole comprender que el miedo al sexo no es otra cosa que el miedo a la libertad.

O, con los versos de un poeta anónimo:

"Nos amaremos en plena libertad;

nos liberaremos en la plenitud del amor.

Nos realizaremos en el misterio, siempre renovado,

del "encuentro".

Arnaldo Gomensoro

(17) J. RATTNER.- "Psicología y psicopatología de la vida amorosa".

